

SWING FRENTE AL NAZI

EL JAZZ COMO METÁFORA DE LA LIBERTAD



MIKE ZWERIN

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Swing Under the Nazis
Cooper Square Press
Nueva York, 2000;
reedición ampliada de
La tristesse de Saint Louis
Quartet Books
Londres, 1985

1ª EDICIÓN: MAYO 2016

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with the heirs of Mike Zwerin
© 1985, 2000: Mike Zwerin
© 2016 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2016 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-944587-2-9
Depósito legal: M-9643-2016

ÍNDICE

Introducción	13
1. El III Reich al compás de 4/4	15
2. Gruñidos	17
3. Ghetto Swingers	33
4. Doctor Jazz	51
5. Rosebud	69
6. Ruinas, arrestos, ley marcial, miedo, revueltas, asesinatos, ocupación y muerte	95
7. Funesta historicidad	117
8. Baldauf	129
9. Mala conexión	141
10. El blues de la ocupación	153
11. Django, Maccaferri y Paul	157
12. La guitarra con voz humana	163
13. El pozo sin fondo	183
14. Fuera de juego	199
15. Me lo acabo de inventar	205
16. La tristesse de Saint Louis	213
17. Zazou Hey!	215
18. Bête Noire	235
19. Mi cielo azul	247
20. Los ángeles cantan	259
<i>Agradecimientos</i>	273
<i>Bibliografía</i>	275
<i>Índice onomástico</i>	277

INTRODUCCIÓN

La materia de este libro incluye lo que me sucedió mientras lo estaba escribiendo debido a que lo estaba escribiendo. Desbordando en última instancia todos los límites espaciales y temporales definidos de antemano, la materia pasó a ser más que «la materia».

Comencé dispuesto a explorar un rincón olvidado de la Historia, pero acabé siendo explorado por ella. El formato es el de una cronología personal, lo que me sucedió a continuación. No hay notas a pie de página, no he realizado el menor intento por ser enciclopédico. Mi principal interés era escribir una lectura amena. No descubrirán ustedes quién tocaba el piano con los Ghetto Swingers en Theresienstadt. O a lo mejor sí.

Los nombres, lugares y fechas son reales, aunque separar la realidad de la imaginación se me fue haciendo progresivamente más difícil. La imaginación en sí misma pasó a ser un hecho más. Los hechos imaginados están presentados como tales. Algunos personajes están compuestos a partir de varias personas reales y sus nombres lo revelan de manera evidente. Ciertos giros y nudos de la trama se repitieron de país en país, en cuyo caso se han empleado las versiones más evocadoras.

Mike Zwerin

París, Francia. Mayo de 2000

1.

EL III REICH

AL COMPÁS DE 4/4

El *oberleutnant* de la Luftwaffe Dietrich Schulz-Köhn caminaba siguiendo el trazado de las vías del tren cerca de Saint-Nazaire acompañado de otros tres mandos. Cuatro oficiales estadounidenses se dirigían hacia ellos desde el otro lado. En la distancia se oía el estampido lejano de las armas de fuego.

El invierno de 1944 fue muy frío. Los hombres zapateaban y se soplaban en las manos. Era un día gris, como una vieja copia de una película de guerra en blanco y negro. Sus papeles eran reducidos. Una trama secundaria. El escenario principal se había desplazado hacia el este, a la *Vaterland*.

Cien mil soldados alemanes habían quedado aislados y derrengados en la costa de Bretaña. Los Aliados estaban dispuestos a forzar una rendición por hambre, pero los civiles también estaban famélicos y la Cruz Roja organizó charlas para negociar evacuaciones, una hora al día junto a aquellas vías. Llevaban ya dos semanas de conversaciones. Los bandos opuestos comenzaron a confraternizar. Se sacaban fotos mutuamente e intercambiaban copias.

Aquel día, un oficial afroamericano que había estado admirando la Rolleiflex de Schulz-Köhn, preguntó: «¿Cuánto quiere por la cámara?».

«No está en venta». Al larguirucho alemán de las gafas le gustaban los estadounidenses, particularmente los afroamericanos, pero rechazó la oferta con simpatía. También le gustaba su cámara.

«¿Ni siquiera a cambio de tres cartones de Lucky y cuatro pares de medias?».

No, no era suficiente, pero pensándolo mejor había algo que... ¿Por qué no? Pasaron un par de momentos. De todos modos, la guerra casi había terminado. Schulz-Köhn enderezó la espalda y se ajustó la trinchera de cuero. Merecía la pena intentarlo:

«¿Tienen discos de Count Basie?».

En 1938, Vogel tocaba la trompeta en un combo de *dixieland* junto a los hermanos Paszkus a la guitarra y la batería, Bramer al piano y Kolek al clarinete. Actuaban de manera semiprofesional en los alrededores de Brno, Checoslovaquia, y Vogel tenía una de las mayores colecciones de discos de jazz del país. Se sentía orgulloso de saber el suficiente inglés como para leer los ejemplares de *Down Beat* que llegaban ocasionalmente a sus manos. Estaban demasiado implicados con el jazz como para preocuparse por cuestiones políticas.

Cuando el 15 de marzo de 1939 se produjo la invasión alemana, los timbres de los hogares judíos comenzaron a sonar: «¡Gestapo!». Pronto le llegó el turno a Vogel: «*Aufmachen!*». El hombre plantado frente a su puerta con uniforme de las SS y una esvástica en el brazo resultó ser un melómano que había estado escuchando una de sus *jam sessions* pocas semanas antes. «Oh, es usted», dijo. «Bueno, no se preocupe».

Vogel perdió su empleo de ingeniero para que su puesto pudiera ser ocupado por un gentil. Siguió vendiendo arreglos para la orquesta de Bobek Bryen. Algunos, los transcribía a partir de grabaciones estadounidenses, como por ejemplo el “Squeeze Me” de Chick Webb. Poco después, a los judíos se les prohibió la entrada en teatros, cines, cafeterías y clubes nocturnos, al tiempo que se anunciaba un toque de queda para las ocho de la tarde. Adiós a la música en vivo.

Vogel llevaba una estrella amarilla en la solapa. Los judíos de Brno fueron amontonados en un gueto. Cuando los Vogel se vieron obligados a compartir un apartamento de dos habitaciones con otras dos familias, Eric siguió practicando con la trompeta dentro de un armario y preparando arreglos. Una tarde, mientras ensayaba con la orquesta de Bryen, descubrió que pasaba una hora del toque de queda cuando dos agentes de la Gestapo lo arrestaron en plena interpretación de “Boogie Woogie Blues”.

Lo llevaron a su cuartel general. Casualmente, su amigo de la *jam session* estaba allí. «Tengo una cuenta personal que saldar con

este cerdo judío», dijo éste ante sus colegas. «Dejádmelo a mí». Podrá parecer disparatado, pero Vogel afirma que a continuación el oficial de las SS lo acompañó a casa, tomó prestados varios discos y libros sobre jazz y ahí acabó todo.

Cuando los nazis confiscaron los instrumentos musicales de los judíos, Vogel mojó sus pistones en ácido sulfúrico para impedir que nadie pudiera tocar marchas militares con una trompeta de jazz. Sin piano, le resultó imposible seguir transcribiendo arreglos.

Lo pusieron a trabajar inscribiendo a judíos checos en una «oficina de registro» hasta que —nunca consiguió averiguar por qué— se le ordenó organizar un curso de jazz. No fue una sugerencia ni una autorización, sino una *orden*. Reclutó a personal docente. Se presentaron cuarenta alumnos. Mientras esperaban a que les proporcionaran instrumentos, los profesores dieron cursos de teoría e historia del jazz. Vogel consiguió hacerse con doce grabaciones de “St. Louis Blues” interpretadas por doce conjuntos distintos, para ilustrar el modo en el que la interpretación espontánea resulta más relevante que la composición. Cada improvisador es un compositor, decía. Comparaba a los músicos de jazz con pintores, libres para llenar sus lienzos con visiones subjetivas, mientras que los intérpretes de música clásica, como los fotógrafos, siempre deben respetar el enfoque.

La mayoría de sus alumnos eran músicos mayores, intérpretes clásicos de cuerda obligados a empezar de nuevo con instrumentos de viento y lengüeta. Al cabo de varias semanas, el conjunto sonaba mejor de lo que Vogel pudiera haber esperado. Había llegado el momento de ponerle nombre. Siempre le había gustado la expresión *killer diller*² desde que la vio por primera vez en la revista *Down Beat*, aunque no tenía ni idea de qué significaba. Como el nombre de su comunidad judía era Kehila, bautizó a su banda como los «Kille Dillers».

2. Expresión propia de la jerga del swing que denota admiración por un fraseo o un intérprete particularmente brillante.



Orquesta belga internada en el Stalag VIJ (en Dorsten, Alemania). La foto es de 1943.

Claude es estadounidense y negro, su madre es de la Martinica; traduce en ambos sentidos. Somos amigos, pero el tono no era amistoso: «Es deprimente. Lo siento, tío, pero me da yuyu eso del jazz en un gueto nazi. ¿Es que acaso te parece gracioso? Ya tengo en la cabeza viejas mierdas de sobra por culpa de los boches. De hecho, también tengo nuevas mierdas en la cabeza por culpa de los boches. ¿Has estado en Alemania de un tiempo a esta parte? ¿Has visto en qué estado ha dejado Alemania a Blow Black? Mal rollo, Jim. Y, de todas maneras, ¿por qué quieres escribir un libro sobre un tema así?»

«¿Cómo que por qué?», respondí, me temo que gritando. «Porque me interesa, por eso».

Quizá Verses tenía razón; es cierto que se trata de una historia deprimente. Ustedes al menos pueden saltársela, si así lo desean; yo tengo que leer entre líneas y desplegar una prosa precisa. El estilo de Vogel es tan esquelético que deja demasiado a la imaginación. Echo de menos la niebla.

Descubrieron un maltrecho piano en un desván, consiguieron introducir unos cuantos metales de contrabando. Tocaban amortiguando el sonido, porque el entretenimiento estaba prohibido. Después, de repente, no sólo estuvo permitido sino que fue exigido. Se creó un comité para el «entretenimiento en tiempo libre»

(*Freizeitgestaltung*). Los alemanes le estaban dando un lavado de cara a Theresienstadt para convertirlo en un gueto modelo con el que refutar los rumores de esclavismo y cámaras de gas. Esperaban la visita de un comité de la Cruz Roja.

Todas las superficies recibieron una mano de pintura. Llegaron instrumentos nuevos, se organizaron conjuntos. Algunos de los mejores músicos de Europa se hallaban en Theresienstadt. El 8 de enero de 1943, Vogel escribió una carta al *Freizeitgestaltung* solicitando autorización para fundar una orquesta de jazz llamada Ghetto Swingers. La obtuvo.

El clarinetista Fritz Weiss, «sin lugar a dudas uno de los mejores músicos de jazz de la Europa de entreguerras», también escribía arreglos y pronto contaron con una biblioteca de veinte partituras. Debían trazar los pentagramas a mano sobre hojas en blanco. Vogel ataba cinco lápices con cinta para ahorrar tiempo. Transcribió los arreglos del tema estrella de la orquesta, “I Got Rhythm”. Sin embargo, como seguía siendo un aficionado con escasa experiencia y le costaba seguir el ritmo de los demás, se le «solicitó educadamente que tocara la tercera trompeta y no demasiado alto».

Martin Roman, en otro tiempo pianista con la famosa orquesta de Marek Weber, fue nombrado director. Vogel escribe:

The Ghetto Swingers era una orquesta bastante buena. Tocábamos con swing y sentimiento, principalmente siguiendo el estilo de Benny Goodman. Cerrando ahora los ojos, casi puedo oír a Goodman emanando del clarinete de Weiss. Éramos Nettl al piano; Schuman, batería; Goldschmidt, guitarra; Lubensky, contrabajo; Vodnansky, saxo alto; Donde, saxo tenor; Kohn, Chokkes y Vogel, trompetas; Taussig, trombón; y Weiss al clarinete.

Poco antes, un guitarrista llamado Vicherek había sido condenado por «ultrajar la cultura musical» tras cantar en público “Tiger Rag” imitando el característico *scat* de Louis Armstrong. Sin embargo, allí estaban los Ghetto Swingers interpretando el mismo

tipo de música en el mismo tipo de campo en el que habían confiado a Vicherek por tocarla en el mundo exterior.

Cuando llegó la comisión de la Cruz Roja (dos daneses y un suizo), la orquesta sinfónica tocaba en la plaza mayor mientras los Ghetto Swingers interpretaban swing en el café. Durante el reparto de latas de sardinas, los niños malnutridos tenían orden de quejarse: «Ah, otra vez sardinas no».

Se rodó una película para documentar lo «buena que era la vida» en Theresienstadt. Los Ghetto Swingers aparecen repetidas veces en ella. El equipo de rodaje, llegado desde Praga, quedó impresionado por la banda y los músicos se sintieron halagados. El documental muestra acontecimientos deportivos, conciertos y vodevil; la filmación se prolongó varias semanas. La banda comenzó a creerse la propaganda. Quizá la intensa música swing que interpretaban a diario tuviera algo que ver con ello. La ilusión de libertad y seguridad cuidadosamente orquestada por los nazis en Theresienstadt cobró realidad en las mentes de los músicos. Comenzaron a hacer planes para el futuro; una vez terminada la guerra, podrían seguir como conjunto y salir de gira por el mundo.

Tan pronto como la Cruz Roja y el equipo de rodaje se marcharon de Theresienstadt, el 28 de septiembre de 1944, los Ghetto



Izqda.: emblema de los Ghetto Swingers. Dcha.: partitura casera improvisada en un campo.

Swingers fueron trasladados a Auschwitz. Fritz Weiss fue gaseado nada más llegar: «... nuestro amado y maravillosamente dotado Fritz Weiss, uno de los mejores músicos de jazz que jamás hubo en Europa».

A juzgar por las fotografías, uno podría pensar que, en realidad, Fritz Weiss se parecía más a Artie Shaw que a Goodman. Era atractivo y viril y podemos adivinar, a partir de su buena postura y de su embocadura decidida, que probablemente tocaba bien. En la imagen, los Ghetto Swingers se hallan en un quiosco en mitad del parque, visten camisas blancas y pulcras corbatas. Parece un festival de jazz veraniego.

Escribo estas líneas el fin de semana del 14 de julio —Día de la Bastilla— de 1984. En esta época del año hay festivales de jazz por toda Europa. Como la mayor parte de los parisinos, mi esposa y mi hijo están en el campo. El teléfono ha enmudecido; llevo cuarenta y ocho horas escribiendo día y noche en mi diminuta *chambre de bonne*.

El *Herald Tribune* de hoy traía un artículo sobre James Oliver Huberty, el individuo que asesinó a tiros a veintiuna personas en un McDonald's de San Ysidro, California. «¿Adónde vas, cariño?», le preguntó la señora Huberty a su marido cuando éste se acercó a darle un beso antes de salir de casa. «De caza humana», respondió el susodicho.

Estoy harto de sufrimiento y muerte; me duele la espalda, me pican los ojos. Molido y malhumorado, solo, desesperadamente necesitado de un poco de swing, me pregunto qué tendrá que ver el intento por crear una prosa elegante con todo esto, pero me prometí tres días de trabajo en firme y todavía no los he completado.

En Auschwitz, Vogel fue empujado hacia un montículo. Un oficial de las SS aguardaba en lo alto, separando a los recién llegados; a unos los enviaba hacia la izquierda, a otros hacia la derecha. Mientras esperaba a que llegara su turno, un guardia mayor le preguntó a Vogel: «¿Qué hacía en Theresienstadt?».



Fotograma de película propagandística nazi. Los Ghetto Swingers en Theresienstadt. Fritz Weiss es el segundo por la izquierda. En la página opuesta: primer plano de Weiss.

«Tocaba en una orquesta de jazz».

«Justo lo que necesitamos aquí. Cuando llegue arriba, dígame al oficial que se encuentra en perfecto estado de salud y quítese diez años de edad».

Vogel fue enviado hacia la izquierda; a la derecha estaban las cámaras de gas. Antes de quedarse dormido en los barracones, vio cómo otros reclusos torturaban lentamente hasta la muerte a un judío holandés que había delatado a otros judíos. Al día siguiente, a los prisioneros se les ordenó formar en el exterior para ser contados. Permanecieron horas de pie, sin comer, en plena nevada. Los débiles perdían el conocimiento o eran alejados de allí a ras-tras. Vogel recibió una paliza a manos de jóvenes *kapos* vestidos con sus pijamas de rayas.

Después de haber ordenado «*musiker, vortreten*» (los músicos, un paso al frente), un guardia de las SS le asestó sin venir a cuento un puñetazo a Vogel en el estómago y le indicó que lo siguiese hasta otros barracones. Vogel se quedó boquiabierto cuando encontró allí a varios miembros supervivientes de los Ghetto Swingers. Se reunieron entre besos y abrazos. Pocas horas después, estaba



vestido con un elegante uniforme de músico de banda. Tenía zapatos, comida, cigarrillos. Le presentaron a «los dos asesinos de masas alemanes» que dirigían el campo, uno de los cuales, Willy, le preguntó qué instrumento tocaba.

«La trompeta».

«Ya tenemos dos», refunfuñó Willy.

Vogel se quedó petrificado; conocía el precio de la redundancia en aquellos lugares.

Pero Willy era un enamorado de la música: «Te conseguiré una trompeta aunque tenga que cambiarla por una botella de whisky».

Treinta músicos interpretaban sin partitura sinfonías, óperas y jazz, doce horas al día, para los guardias, uno de los cuales les dijo: «Tocáis muy bien. Durante seis semanas tuvimos una maravillosa orquesta gitana. Ellos también eran buenos, pero salieron por la chimenea».

Vogel escribe: «Entre nosotros había varios intérpretes muy buenos y hacíamos buena música», hasta que, cuatro semanas más tarde, abandonaron Auschwitz, no a través de la chimenea sino en tren. «Durante el viaje, cantamos versiones vocales de la

música que habíamos tocado hasta entonces, igual que Lambert, Hendricks & Ross años más tarde».

Tras llegar a la fábrica de aviones Heinkel, que andaba falta de esclavos, alguien le dijo a un oficial: «Somos músicos. Estábamos en el coro de Auschwitz». Recibió una paliza. La música no volvió a mencionarse, si bien un inspector que recordaba a Martin Roman de cuando formaba parte de la orquesta de Marek Weber hizo lo posible por aligerar su carga de trabajo.

Vogel se arrojó en marcha de la vagoneta que le conducía hacia la solución final en Dachau y consiguió alcanzar el bosque. Se moría de hambre y los aliados estaban cerca, de modo que, cuando vio que se aproximaba un automóvil, se arriesgó a salir. ¡Puñeta! Oficiales de la Luftwaffe. Pero sabían que pronto iban a necesitar todo el buen karma que pudieran reunir, así que le dieron pan e indicaciones para llegar hasta un pueblo cercano, Petzenhausen, donde fue alimentado con patatas y café solo caliente. Los vecinos le ocultaron en un granero.

Vogel se restregó incrédulo los ojos cuando vio las palabras pintadas con enormes letras en el costado del primer jeep estadounidense que entró en el pueblo: BOOGIE WOOGIE.